

La Negra de...
por Sembene Ousmane

Mañana del 25 de junio del año de gracia de 1958. En la Croisette, ni el destino de la república francesa, ni el futuro de Argelia, ni la situación de los territorios coloniales, preocupaban a aquellos que desde temprano abarrotaban la playa de Antibes.

Más arriba, sobre el llamado “Camino del Hermitage”, dos viejos Citroën, uno tras el otro, trepaban por la colina. Cuando se detuvieron, dos hombres bajaron rápidamente para enfilarse por la grava hacia una casa que ostentaba un letrero ajado: “Verde Felicidad”. A la izquierda de la casa se abría la puerta de un garaje. Eran el juez de instrucción del pueblo de Grasse, un médico legista y dos inspectores de la policía de Antibes, flanqueados por agentes de uniforme.

La casa llamada “Verde Felicidad” no tenía nada de verde más que su nombre. Trazado a la manera francesa, el jardín mostraba unos senderos cubiertos de grava y unas pocas palmeras de hojas caídas. El juez de instrucción escrutó la casa. Sus ojos se detuvieron en la tercera ventana, observando el vidrio quebrado y la escalera adosada.

En el interior de la casa se hallaban más inspectores y un fotógrafo. Otras tres personas, al parecer periodistas, se interesaban distraídamente en unas estatuillas africanas, unas máscaras, algunas pieles de animales y unos huevos de avestruz dispersos por aquí y allá. La impresión de que se estaba penetrando en el antro de un cazador se apoderaba de todos los que entraban en el salón.

Replegadas sobre sí mismas, dos mujeres sollozaban. Se parecían notablemente: la misma frente estrecha, la misma nariz curvada, las mismas ojeras negruzcas que circundaban unos ojos enrojecidos por las lágrimas. La que llevaba una vestimenta clara habló:

—Después de mi siesta, tuve ganas de tomar un baño. La puerta estaba cerrada desde el interior —dijo sonándose—. Y yo me dije, es la sirvienta que se está bañando. Digo la “sirvienta” —rectificó— pero nunca la llamábamos más que por su nombre, Diouana. Esperé por más de una hora pero no la vi salir. Volví y la llamé. Golpeé la puerta. Ninguna respuesta. Entonces llamé a nuestro vecino, el Comodoro...

La mujer se calló y limpió su nariz. Lloraba. Su hermana, más joven que ella, con sus cabellos cortados a la *garçonne*, permanecía con la cabeza baja.

–¿Fue usted quien descubrió el cadáver, Comodoro?

–Sí... Es decir, cuando Madame Pouchet me llamó diciéndome que la Negra se había encerrado en el baño, pensé que se trataba de una broma. Vea usted, he pasado treinta y cinco años en el mar. He recorrido los siete océanos. Soy jubilado de la Marina Nacional.

–Sí. Sí... Lo sabemos.

–Bueno. Cuando Madame Pouchet me llamó, traje mi escalera.

–¿A usted se le ocurrió traer la escalera?

–No. Fue Mademoiselle Dubois, la hermana de Madame, quien me sugirió la idea. Cuando alcancé la ventana, vi a la Negra bañada en sangre.

–¿Dónde está la llave de la puerta?

–Aquí está, señor juez de instrucción –dijo uno de los inspectores.

–Sólo quería cerciorarme.

–Revisé bien la ventana –intervino el otro inspector.

–Fui yo quien la abrió, tras haber quebrado el vidrio –dijo el jubilado de la Marina.

–¿Cuál panel quebró?

–¿Cuál panel? –preguntó el viejo lobo de mar. Vestía pantalones blancos de lino y una chaqueta azul.

–Sí, ya lo verifiqué, pero le pido más precisión.

–El segundo panel comenzando de arriba –respondió la hermana de Madame Pouchet.

En ese momento dos camilleros bajaron un cuerpo envuelto en una frazada. La sangre goteó sobre los escalones. El juez de instrucción levantó una punta de la frazada y frunció las cejas. Una mujer negra yacía sobre la camilla, la garganta cortada de oreja a oreja.

–Fue con este cuchillo. Un cuchillo de cocina –dijo otro de los hombres desde lo alto de los escalones.

–¿Ustedes la trajeron de África o la contrataron acá?

–Llegamos desde África con ella en abril de 1958. Ella vino en barco. Como mi marido es empleado de la aeronáutica de Dakar, sólo el viaje en avión de nuestra familia estaba garantizado por la compañía. En Dakar trabajaba con nosotros. De eso hace dos años y medio... o tres.

–¿Qué edad tenía?

–No sé exactamente.

–De acuerdo a su tarjeta de identidad nació en 1927.

–¡Oh! Los “nativos” ignoran la fecha de su nacimiento –opinó el marino retirado, hundiendo sus manos en los bolsillos.

–Ignoro por qué se suicidó. Aquí se la trataba bien, se alimentaba con la misma comida que nosotros, compartía la pieza con mis hijos.

–Y su marido, ¿dónde está?

–Salió ayer hacia París.

–¡Ah! –Dijo el inspector, que no paraba de mirar los adornos–. ¿Por qué cree usted que se trata de un suicidio?

–¿Por qué? –Repitió el jubilado–. ¡Oh! ¿Qué cree usted que una Negra espera de la vida? Ella no salía jamás. No conocía a nadie, salvo los niños de Madame.

Los reporteros se estaban impacientando. El suicidio de una sirvienta –aunque fuera negra– no le importaba a nadie. No daba para material sensacionalista.

–Nostalgia tal vez. En los últimos tiempos andaba rara. No era la misma de siempre.

El juez de instrucción, acompañado de uno de los inspectores, subió al piso de arriba. Examinaron el baño y la ventana.

–Es un bumerang esta historia.

Los demás esperaron en la sala.

–Se les avisará cuando el médico forense haya terminado –dijo el inspector, saliendo con el juez de instrucción. Había transcurrido una hora desde su arribo.

Los vehículos y los periodistas partieron. En la “Verde Felicidad” las dos mujeres y el jubilado permanecieron silenciosos.

Madame Pouchet, poco a poco, se hundió en sus recuerdos. Volvió a ver su coqueta residencia sobre la ruta de Hann, allá en África. Volvió a ver a Diouana que empujaba la verja para hacer que el perro pastor alemán dejara de ladrar.

Fue allá, en África, donde comenzó todo. Tres veces por semana, Diouana se aguantaba seis kilómetros de ida y vuelta. Pero después de un mes andaba alegre, encantada, el corazón agitado, como si hubiera descubierto el amor. Era larga la ruta desde su vivienda hasta la casa de sus amos. A la salida de Dakar, una pléyade de casas nuevas brillaba

entre una floración mezclada de cactus, buganvillas y jazmines. El pavimento de la avenida Gambetta se estiraba como una larga cinta negra. La pequeña sirvienta, feliz, alegre, no maldecía más esta ruta, ni a sus patrones, como era habitual. Era una odiosa caminata, pero no desde hacía un mes; desde que la Madame le había dicho que la llevarían a Francia. ¡Francia!, repetía Diouana en su cabeza. Todo lo que existía alrededor de ella se había vuelto feo; miserables esos magníficos chalets que había admirado tantas veces.

Para poder viajar –para ir a Francia–, se necesitaba una tarjeta de identidad. Ella era originaria de Casamance. Todos sus magros ahorros se esfumaron. No es nada, decía ella. Voy a Francia.

–¿Eres tú, Diouana?

–*Viye*, Madame –respondió entrando en el vestíbulo, vestida convenientemente con su ropa clara, los cabellos peinados y estirados.

–Bueno. Mi marido está en casa. Anda a ocuparte de los niños.

–*Viye*, Madame –asentía ella con su voz infantil.

Diouana no había cumplido treinta años. Sobre su tarjeta de identidad se leía: nacida en 1927. Tenía que ser mayor de edad. Fue a ver a los niños. En todos los cuartos, el mismo espectáculo: todo estaba embalado y amarrado. Las cajas se amontonaban por aquí y por allá. Diouana no tenía nada más que hacer. Había lavado la ropa durante diez días. Sus funciones propiamente dichas eran las de lavandera. Había un cocinero, un ayudante y ella misma. Tres personas para el servicio doméstico.

–Diouana, Diouana –llamó Madame.

–Madame –respondió, saliendo de la pieza de los niños.

Madame estaba de pie, con una libreta en la mano, haciendo de nuevo el inventario de los bultos. De un momento a otro los hombres del flete deberían llegar.

–¿Has visto a tus padres? ¿Crees que estarán contentos?

–*Viye*, Madame –respondió–. Todos los parientes están de acuerdo. Yo misma le dije a mamá, lo diré también a papá Boutoupa.

Su mirada brillante de contento se deslizaba sobre los muros vacíos. Su corazón batía débilmente. Ella se enfermaría si Madame cambiaba de idea. Lista para suplicarle, su figura negra como el ébano se ensombreció. Bajó los ojos.

–No quiero que me digas, a último momento, hoy día mismo, que me dejas plantada.

–No, Madame. Voy a partir.

Ellas no hablaban el mismo idioma. Diouana quería ver Francia y volver. Volver de ese país del cual todos cantaban la belleza, la riqueza, la dulzura de vivir. Se hacía fortuna. Sin haber dejado aún las tierras de África, ya se veía sobre el muelle, a su regreso de Francia, rica en millones, con regalos de ropa para todos. Soñaba con la libertad de ir adonde deseara, sin tener que trabajar como una bestia de carga. Si Madame rehusaba llevarla, se pondría enferma.

En cuanto a Madame, recordaba sus últimas vacaciones pasadas en Francia. Habían transcurrido tres años desde entonces. En ese tiempo no tenía más que dos críos. En África, Madame Pouchet había adquirido malos hábitos en relación a la gente que trabajaba en la casa. En Francia contrató a una sirvienta; no solamente el salario era elevado, sino que además la mujer exigía un día de descanso. Madame debió decidirse por echarla, para luego tomar otra. Esta última no fue diferente de la primera, sino que aún peor, ya que era respondona con Madame. Decía:

–Si una es capaz de hacer hijos debe cuidarlos una misma. Yo no voy a pasar la noche aquí. También tengo hijos y un marido de quien ocuparme.

Madame, acostumbrada a ser obedecida sin chistar, debió someterse a sus deberes de esposa y cumplir torpemente su papel de madre. En cuanto a las vacaciones propiamente tales, no logró ni probarlas. Pronto solicitó a su marido retornar a África.

A su retorno, una Madame macilenta y profundamente exasperada, elucubró rápidamente un plan para las vacaciones siguientes. Hizo colocar anuncios en todos los periódicos. Un centenar de mujeres jóvenes se presentaron. Eligió a Diouana, que recientemente había llegado desde su “selva natal”. Durante los tres años que Diouana trabajó con ella, Madame la tentó con la promesa de llevarla a Francia. Madame había tenido otros hijos entre sus últimas vacaciones y las que vendrían. Por 3.000 francos C.F.A. al mes, no importa qué joven africana la seguiría a cualquier confin de la tierra. Por otra parte y de tiempo en tiempo, aunque más particularmente en los períodos recientes, Madame gratificaba a Diouana con unas cuantas monedillas, ropa vieja, zapatos sin arreglo.

He allí la fosa infranqueable que separaba a la sirvienta de su patrona.

–¿Le has entregado tu tarjeta de identidad a Monsieur?

–*Viye*, Madame.

–Sigue con tu trabajo... Di al cocinero que prepare una buena comida para ustedes tres.

–Gracias, Madame –respondió y partió hacia la cocina.

Madame continuó con sus anotaciones.

Monsieur volvió a casa el mediodía. El perro señaló su presencia con ladridos. Al bajar de su Peugeot 403 encontró a su infatigable esposa lápiz en mano.

–¿No han venido aún los hombres del flete? –preguntó ella nerviosamente.

–Llegarán a las dos menos cuarto. Nuestro equipaje irá sobre el de los demás. Así los tendremos en primer lugar en Marsella. ¿Y Diouana?... ¡Diouana!...

El mayor de los niños corrió a llamarla. Ella estaba bajo los árboles con el recién nacido de Madame.

–*Viye*, Madame.

–Es Monsieur quien te llama.

–Listo. Aquí tienes tu billete del barco y tu tarjeta de identidad.

Diouana estiró la mano para cogerlos.

–Guarda la tarjeta de identidad. Yo me encargo del billete. Los Dupont retornan también, estarás bajo su supervisión. ¿Estás contenta de ir a Francia?

–*Viye*, Monsieur.

–¡Enhorabuena! ¿Dónde está el equipaje?

–En la calle Escarfait, Missié.

–Una vez que haya comido partiremos en el coche.

–Haz entrar a los pequeños, Diouana. Es la hora de la siesta.

–*Viye*, Madame.

Diouana no sentía hambre. El pinche de cocina, menor que ella por dos años, llevaba y traía los platos, sin hacer ruido. El cocinero, por su parte, sudaba la gota gorda. No estaba contento. Iba a quedar cesante. Era en eso que la partida de Monsieur y Madame lo afectaba. Y era por ello que se mostraba resentido con la sirvienta. Más allá, inclinada sobre el gran ventanal que tenía vista sobre el mar, una Diouana transportada seguía el vuelo de los pájaros, allá arriba sobre la inmensa extensión azul; lejos, apenas se distinguía la isla de Gorée. Tenía en su mano su tarjeta de identificación, le daba vueltas

y vueltas, la examinaba y se sonreía interiormente. No se sentía satisfecha con la pose ni con el cliché: la foto estaba oscura. Qué importa si debo partir, se dijo.

–Samba –habló Monsieur, que se había acercado a la cocina–, tu almuerzo estuvo excelente hoy día. Te has superado. Madame está muy contenta contigo.

El pinche se enderezó para prestar atención. El cocinero Samba ajustó su gran bonete blanco e hizo un esfuerzo para sonreír.

–Muchas gracias, Missié –dijo–. Yo también estoy contento, muy contento, porque Missié y Madame están contentos. Missié es muy gentil. Mi familia tiene un gran pesar. Missié parte, yo quedo sin trabajo.

–Volveremos, mi pobre viejo. Además tú encontrarás un trabajo. Con el talento que tienes...

Samba, el cocinero, no era de la misma opinión. Los blancos son tacaños. Y en Dakar, invadido por gente del campo, cada cual jactándose de ser maestro de cocina, no iba a ser fácil conseguir un empleo, pensaba.

–... Volveremos, Samba. Tal vez más rápido de lo que piensas. La última vez permanecimos allá dos meses y medio.

Antes estas palabras de consuelo de Madame, que se había reunido con su marido en la cocina, y que continuaba con el diálogo, Samba no tuvo más que responder:

–Gracias, Madame. Madame es una gran mujer.

Madame también estaba contenta. Sabía por experiencia propia lo que representaba contar con buena reputación en los círculos del personal doméstico.

–Puedes regresar esta tarde a las cuatro con Monsieur. Yo embalaré el resto. A nuestro retorno, prometo que te recontrataré. ¿Estás contento?

–Gracias... Madame.

Madame y Monsieur se retiraron. Samba le administró una bofetada a Diouana. Agresivamente, ésta trató de saltar sobre él.

–¡Ah! Tranquila. Te vas hoy. Entonces, no hace falta que peleemos.

–Me has hecho daño –dijo ella.

–Y Missié, ¿no te hace daño?

Samba sospechaba una relación oculta entre la sirvienta y su patrón.

–Te llaman, Diouana. Oigo arrancar al coche.

Ella partió sin siquiera decirles adiós.

El coche rodaba por la gran arteria. Diouana no tenía a menudo el honor de ser conducida por Monsieur. Invitaba con los ojos a los peatones a mirarla, sin osar hacer signos con la mano, o gritar al pasar: “Parto a Francia”. Sí, a Francia. Estaba convencida de que su satisfacción era visible. Las fuentes subterráneas de esta alegría tumultuosa la volvían inestable. Cuando el vehículo se detuvo frente a su casa, en la calle Escarfait, se sorprendió. Ya, se dijo. A la derecha de su humilde hogar, en el bistró “El Alegre Navegante”, algunos consumidores ocupaban las mesas y sobre la acera, cuatro tipos charlaban tranquilamente.

—¿Es hoy día la partida, primita? —le preguntó Tive Corrúa, ya borracho, las piernas separadas. Se balanceaba, empuñando su botella por el gollete. Toda su ropa lucía arrugada.

Diouana no tenía por qué recibir consejos de un borracho. No escuchó a Tive Corrúa, un antiguo marinero que había vuelto de Europa tras veinte años de ausencia. Había partido, rico en juventud y lleno de ambición, y había vuelto hecho una ruina. Por haber querido tenerlo todo, no trajo sino un amor excesivo por la diva botella. No profetizaba más que desgracias. Diouana le había pedido consejo. No era de opinión que ella partiera. A pesar de su avanzado estado de ebriedad, dio unos pasos hacia Monsieur, siempre con su botella en la mano.

—¿Es cierto que ella parte con usted, Monsieur?

Monsieur no respondió. Sacó un cigarrillo y lo prendió. Lanzó el humo por sobre la portezuela del coche y consideró a Tive Corrúa de pies a cabeza. Era realmente un andrajoso de ropaje grasiento, apestando a vino de palma. Tive se inclinó y colocó una mano sobre la puerta.

—He vivido en Francia durante veinte años —empezó Tive Corrúa, con un acento de orgullo en la voz—. Yo, a quien ven así hecho una ruina, conozco mejor Francia que ustedes... Durante la guerra vivía en Toulon y los alemanes nos enviaron con otros compatriotas africanos a Aix-en-Provence, a las minas de Gardanne. Yo me he opuesto a que Diouana vaya a Francia.

—¿La hemos forzado acaso? Ella ha consentido en hacerlo —replicó amargamente Monsieur.

–Efectivamente. ¿Dónde está el joven africano que no quiera irse a Francia? Por desgracia los jóvenes confunden vivir en Francia con hacer de domésticos en Francia. Nuestros villorrios son vecinos en la alta Casamance... Allá no se dice como en vuestro país que es la luz lo que atrae a las mariposas, sino al contrario. Se dice que es la oscuridad la que atrapa a la mariposa.

En esto, Diouana volvió escoltada por varias mujeres. Todas balbuceaban, cada cual mendigando un pequeño recuerdo. Diouana se los prometía alegremente. Sonreía. Sus dientes blancos resaltaban con nitidez.

–Las otras se hallan en el muelle –dijo una–. No te olvides de mi vestido.

–Para mí, zapatos para los niños. Tienes el número en la valija. Piensa en la máquina de coser.

–También en las combinaciones.

–Escríbeme para decirme el precio de los fierros para desenrespar los cabellos. Y un vestido rojo, con grandes botones... talla 44.

–No olvides enviar dinero a tu madre, a papá Boutoupa...

Cada cual tenía alguna cosa que decirle, encargarle alguna comisión: Diouana prometía. Toda su fisonomía estaba radiante. Tive Corréea cogió su valija y la colocó en el coche con un gesto de borracho, aunque sin brutalidad.

–Déjenla partir, ustedes pobres diablas. ¿Creen que en Francia las monedas se recogen? Ya les contará cuando regrese.

–¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! –chillaban las mujeres.

–Adiós, primita. Pórtate bien. Tienes la dirección de nuestro primo en Toulon. Desde tu llegada, escríbele, te será útil. Ven para que te abrace. Se besaron en despedida. Monsieur se hallaba impaciente. Apoyó el pie sobre el acelerador para advertirles, con gentileza, que quería que terminasen.

El 403 partió, entre una agitación de brazos.

En el muelle, la misma ceremonia: conocidos, parientes, encargos. Se apretujaban en torno a ella. Siempre bajo la mirada de Monsieur. Finalmente Diouana embarcó.

Ocho días de navegación. Nada nuevo habría escrito si hubiera llevado un diario. Faltaba eso sí que supiera leer y escribir. Agua adelante, atrás, a estribor, a babor. Nada más que una capa líquida y por encima el cielo.

Al desembarcar, Monsieur estaba allí. Luego de las formalidades, se dirigieron prestos a la Costa Azul. Diouana devoraba todo con los ojos, se maravillaba, se sorprendía. Se amoblaba el espíritu. ¡Qué belleza! Toda África le parecía un tugurio sórdido. Sobre la ruta del litoral desfilaban las mansiones, los autobuses, los trenes, los camiones. Tal intensidad de la circulación la sorprendía.

—¿Hiciste una buena travesía?

—*Viyé*, Missié —habría respondido si Monsieur le hubiera formulado la pregunta.

Tras dos horas de camino estaban en Antibes.

Pasaron días y semanas, pasó el primer mes y el segundo. Diouana comenzaba el tercer mes. Ya no era la jovencita alegre y llena de vida, de risa fácil. Sus ojos se hundían, su mirada estaba menos alerta. Ya no se detenía sobre los pequeños detalles. Trabajaba mucho más acá que en África. Se había vuelto irreconocible. Diouana se atormentaba. Francia... La hermosa Francia... No tenía más que una vaga idea, visiones fugitivas: el jardín francés en barbecho, las coloridas hayas de las demás mansiones, las cimas de las techumbres que sobrepasaban los verdes árboles, las palmeras. Cada cual vivía su vida, aislado, encerrado en sí mismo. Monsieur y Madame salían frecuentemente, dejándole los cuatro niños. Los niños se habían rápidamente confabulado en una pandilla y la perseguían. Hay que entretenerlos, decía Madame. El mayor, un verdadero granuja, reclutaba a otros de su misma calaña y jugaban a los exploradores. Diouana era “la salvaje”. Los chiquillos la hostigaban. En algunas ocasiones recibía sus buenas tundas. Habiendo ellos asimilado mal algunas frases donde intervenían nociones de discriminación racial, escuchadas en las conversaciones de papá, de mamá, de los vecinos allá en África, las comentaban con exageración a sus compinches. A espaldas de sus padres, de improviso aparecían cantando:

Allá va la Ne-gra

Allá va la Ne-gra

Negra como la noche oscura

Perseguida, ella se desgastaba. Diouana, cuando estaba en Dakar, jamás había reflexionado sobre el problema que significaba el color de su piel. Con la gritería de los

pequeños, se interrogaba aún más. Comprendía que se hallaba sola. Nada la asociaba a los demás. Y esto la enfermaba, envenenaba su vida, el propio aire que respiraba.

Todo se ensombrecía, se venía abajo. Su sueño de antaño, su alegría. El trabajo era duro. Ella hacía a la vez de cocinera, niñera, lavandera y planchadora. En la casa se había venido a instalar la hermana de Madame. Tenía que ocuparse de siete personas. Por la noche, desde que subía a acostarse, se dormía como un tronco.

El veneno comenzaba a emponzoñar su corazón. Nunca le había tocado odiar. Todo se volvía monótono. Se preguntaba dónde estaba Francia. Dónde las bellas mansiones que había visto sobre las pantallas en los cines de Dakar, los géneros raros, las multitudes compactas. El pueblo francés se reducía a estos monigotes malévolos, a Monsieur, a Madame y a Mademoiselle, que se le habían vuelto extraños. El territorio del país se limitaba a la superficie de la casa. Lentamente, ella se hundía. Los grandes horizontes de antes se limitaban al color de su piel, que a menudo le inspiraba un terror invencible. Su piel. Su negrura. Atemorizada, Diouana huía de sí misma.

Paralelamente, la sirvienta reflexionaba.

No habiendo nadie en su universo con quien intercambiar ideas, mantenía largos momentos de plática consigo misma. A la semana siguiente, Monsieur y Madame la habían llevado con mucha astucia donde sus padres en Cannes.

—Mañana iremos a Cannes. Mis padres nunca han probado la cocina africana. Tú nos harás el honor a nosotros, los africanos, le había dicho Madame que se doraba al sol casi desnuda.

—*Viyé*, Madame.

—He pedido arroz y dos pollos... ¡No los sazones demasiado!

—*Viyé*, Madame.

Respondiendo así, su corazón se apretaba. Era la centésima vez que la arrastraban de casa en casa. Una vez donde unos, otra vez donde otros. Fue donde el Comodoro —todos lo llamaban así— que ella se rebeló por primera vez. Había llegado a cenar gente extravagante, que la acosaba y perseguía mientras cocinaba. Su presencia era una sombra opresiva que se adosaba a sus menores movimientos. Ella tuvo algo así como la impresión de que no sabía hacer nada. Estos seres anormales, egocéntricos, sofisticados,

no cesaban de hacerle preguntas idiotas sobre la manera en que las negras cocinaban. Diouana se dominaba.

Incluso cuando les sirvió a la mesa, las tres mujeres chillaban todavía. Con aprensión probaron con la punta de sus labios la primera cucharada; y luego se lo devoraron todo.

–Tendrás que superarte donde mis padres esta vez.

–*Viye*, Madame.

Volvió a la cocina. Sus reflexiones se volvieron hacia la gentileza de Madame. Ella abominaba de tal gentileza. Madame era buena, pero de una bondad interesada. Su gentileza no tenía otra razón que atarla, encadenarla para hacerla sudar mejor. Lo execraba todo. Antes, en Dakar, ella recuperaba los restos de Monsieur y Madame para llevarlos a la calle Escarfait, orgullosa de trabajar donde los “grandes blancos”. Ahora sus comidas la descorazonaban, de tan sola que se sentía. Estos resentimientos corrompían su relación con los patrones. Ella permanecía en sus posiciones, ellos sobre las suyas. No intercambiaban otras palabras que las de orden profesional.

–Diouana, hoy días vas a lavar.

–*Viye*, Madame.

–Bien. Sube a buscar mis combinaciones y las camisas de Missié.

Otras veces era así:

–Diouana, esta tarde vas a planchar.

–*Viye*, Madame.

–La última vez planchaste mal mis combinaciones. La plancha estaba demasiado caliente. Además, quemaste los cuellos de las camisas de “Missié”. ¡Pon atención a lo que haces!

–*Viye*, Madame.

–¡Ah! Lo olvidaba. Faltan botones en la camisa de “Missié” y en sus pantalones.

Todas las tareas caían sobre sus espaldas. Además, Madame a menudo decía a su marido “Missié”, delante de sus invitados. Para hacerse entender con su sirvienta, empleaba su misma jerga. Era la única cosa que hacía con honestidad. Finalmente, toda la casa no se dirigía a la sirvienta más que usando como preámbulo “Missié”. Extraviada por sus mediocres conocimientos del francés, Diouana se encerraba y vivía reclusa en sí misma. Era tras maduras reflexiones, –larguísimos minutos de meditación– cuando se decía que al principio no era más que un objeto utilitario; y después, que se la exhibía como un

trofeo. En las veladas donde Monsieur y Madame comentaban la psicología “nativa”, se tomada a Diouana como testimonio. Los vecinos decían “es la Negra de...”. Pero ella no era negra para sí misma. Y eso la hería.

Llegaba a su cuarto mes. Todo empeoraba. Cada día sus pensamientos se volvían más lúcidos. Trabajo tenía, para repartir. Toda la semana. El día del Señor era el día predilecto para Mademoiselle, cuando hacía venir a sus amistades. Estos rebalsaban. Una semana se terminaba con ellos y la siguiente comenzaba con ellos.

Todo se aclaraba. ¿Por qué Madame deseaba tanto que ella viniera? Sus liberalidades eran calculadas. Madame no se ocupaba más de sus hijos. En la mañana los besaba, y eso era todo. La bella Francia, ¿dónde estaba? Todas estas preguntas le volvían a la cabeza. Soy cocinera, niñera, dama de compañía, lavo y plancho. Y no recibo más que 3.000 francos C.F.A. al mes. Trabajo por el equivalente de seis personas. ¿Por qué entonces estoy aquí?

Diouana se abandonaba a sus recuerdos. Comparaba su “selva natal” con esta selva muerta. Qué diferencia entres esos bosques y su foresta, allá en Casamance. El recuerdo de su villorrio, de la vida en comunidad, la escindía aún más de los otros. Se mordía los labios lamentando de haber venido. Mil otros detalles se proyectaban sobre esta película del pasado.

De vuelta de ese “medio social” donde era dos veces extranjera, se endurecía. Sus pensamientos la llevaban frecuentemente hacia Tive Corréa. Ese borracho le volvía a menudo a la memoria, sus palabras se verificaban hoy cruelmente. Hubiera querido escribirle pero no podía. Desde que ella estaba en “Francia”, no había recibido más que dos cartas de su madre. No había tenido tiempo de responderle, aunque Madame le había prometido escribir en su lugar. ¿Era posible decirle a Madame todo lo que le pasaba por la cabeza? Se enojaba consigo misma. Su ignorancia la volvía muda. Mademoiselle, por su parte, le había quitado las estampillas.

Sin embargo, una idea agradable le atravesaba el espíritu y ponía una sonrisa en su rostro. Esa tarde no estaba sino Monsieur delante de la televisión. Ella quiso aprovecharse de ese instante. Se plantó un segundo delante de Madame y la dejó.

Vendida, vendida, comprada, comprada, se repetía. Me han comprado. Hago todo el trabajo aquí por 3.000 mil francos. Me han atraído, amarrado. Estoy remachada, como

una esclava. Estaba fija ahora. Esa noche abrió su valija, miró sus objetos queridos y lloró. Nadie se fijó.

Sin embargo, ella ejecutaba los mismos gestos y permanecía aferrada como una ostra a la marea baja de la Casamance, su río.

–“Douna” –la llamaba Mademoiselle. Imposible que ella dijera Di-ou-a-na.

Aquello redoblaba su ira. Mademoiselle era aún más holgazana que Madame: “Ven a levantar esto” – “Hay que hacer esto, Douna” – “¿Por qué no haces esto, Douna?” – “Podrías a veces rastrillar un poco el jardín, Douna”. Por toda respuesta, Mademoiselle recibía una mirada incendiaria. Madame se había quejado de ella con Monsieur.

–¿Qué tienes Diouana? ¿Estás enferma o qué? –preguntaba Monsieur.

La sirvienta no abrió la boca.

–¿Me puedes decir qué es lo que no marcha? Tal vez quieras ir a Toulon. No he tenido tiempo de ir, pero mañana iremos.

–Se diría que la disgustamos –hizo notar Madame.

Tres días después, Diouana tomó su baño. Madame la siguió pero tres horas después de su paseo. Se volvió gritando:

–Diouana, Diouana. Eres una sucia. Habrías podido dejar el cuarto de baño en orden.

–No fui yo, Madame. Los niños. *Viyé*.

–¡Los niños! Eso no es cierto. Los niños son limpios. Que tú estés harta, es posible. Pero que mientas como los “nativos”, no me gusta. No me gustan las mentirosas y tú eres una mentirosa.

Ella guardó silencio. Los nervios hacían temblar sus labios. Volvió al cuarto de baño. Se desvistió. Es allí donde la encontraron, muerta.

Los investigadores concluyeron: “suicidio”. El informe se cerró.

Al día siguiente los diarios publicaron en cuarta página, columna seis, apenas visible:

“En Antibes, una Negra con nostalgia de África se cortó la garganta”.

(Traducción: Bartolomé Leal)